

## CAPITULO XVII.

El hombre propone y Dios dispone.

Rossi, como todo hombre malvado, habia pulsado las consecuencias, que necesariamente habian de surgir de la prision de Guerrero, y las sospechas que sobre él recaerian tan luego como se supiese que su pariente Picaluga era el ejecutor de la prision del caudillo del Sur.

Para conjurar la tempestad y verse salvo de ella antes de dar lugar á que descargase sobre su cabeza, dispuso un caballo, y se preparó á salir de la capital el mismo dia en que escribia á Picaluga, para llegar á Veracruz y embarcarse en aquel puerto con direccion á los Estados-Unidos.

El plan estaba hábilmente combinado; y aquel malvado que de otra manera hubiera muerto á manos del partido que traidora y villanamente vendia, al emprender su viaje, que aseguraba ser hácia Acapulco, recibia las mas firmes pruebas de aprecio de los amigos de Guerrero, los cuales estaban bien agenos de creer que acababa de firmar su sentencia de muerte.

—Solo llevo el sentimiento de no ver cumplida completamente mi venganza con respecto á Pilar—dijo para sí mientras colocaba las pistolas sobre el caballo.—Pero no todo ha de salir á medida del deseo: contentémonos con la ganancia del último negocio que hemos hecho, y dejemos á cada uno que viva como pueda.

Pero en tanto que Rossi halagado con el risueño porvenir que creía disfrutar en los Estados-Unidos, se disponia á partir al puerto de Veracruz, véamos lo que acontecia con el noble y valiente Enrique.

Indignado de la pérfida conducta que el sardo habia observado con Pilar: escanda-



lizado de la manera vil y cobarde conque atentó á su virtud, y sobre todo, mirándola desgraciada para siempre con la desigual union que se vió estrechada á contraer casándose con un hombre de clase inferior á la suya, creyendo así ponerse al abrigo de nuevas y mayores persecuciones, trató de poner á raya su insultante osadía, y se presentó al gobernador, con quien le unia una estrecha amistad.

—¿A qué debo la dicha de ver á vd. por aquí, D. Enrique.

Dijo el gobernador tendiendo la mano con suma afabilidad para estrechar la del jóven.

—A un asunto, en el cual estoy sumamente interesado, y que, para poderlo llevar al término justo y conveniente, me he tomado la libertad de venir á molestar á vd., abusando de la amistad que se digna dispensarme.

—Ya sabe vd., D. Enrique, lo mucho que aprecio á vd., y que para mí no hay mayor placer que manifestar á mis amigos con cuanto soy, cuanto puedo y tengo, el profundo interes que por ellos tomo.

—Convencido de esa verdad, he venido á solicitar un favor y un acto de justicia.

—Hable vd., D. Enrique.

—Es un asunto reservado, y quisiera que tuviese vd. la bondad de oirme aparte.

—Con mucho gusto.

Y el gobernador hizo pasar á Enrique á una pieza inmediata.

Al verse solos, trazó el segundo, á grandes rasgos, pero con notable maestría, fuerza de colorido y verdad, la negra biografía de Rossi, aunque callando siempre el triste suceso que tenia relacion con la honra de la desdichada Pilar, salvando de esta suerte, cuanto pudiera dañar el buen nombre de la jóven.

El gobernador quedó indignado de la infame conducta de un hombre que hasta entonces habia tenido por valiente y patriota.

—Mañana—dijo levantándose airado—se dará la orden de arrestar á ese monstruo.

—Mañana, seria tarde.

—¿Por qué?

—Porque sé que está para partir en este mismo momento.



—¿Está vd. seguro?

—Tanto lo estoy, que tal vez haya salido ya de la capital.

—Siendo así, voy á complacer á vd., D. Enrique.

—Hará vd. un servicio á la humanidad y á la justicia.

—Tengo tanto empeño como vd. en arrancar la careta á los hipócritas que son el cáncer de la sociedad, y el sarcasmo de la verdadera virtud.

Y el gobernador mandó extender la orden de arresto contra Rossi.

—¿No cree vd. que sería conveniente enviar á cada uno de los oficiales que guardan las puertas de la ciudad igual orden?

—Me agrada la observacion. De esa manera, aunque no le encuentren en su casa, será detenido en cualquiera de las puertas de la ciudad, si es que no se ha puesto en salvo.

Pocos instantes despues se dirijieron varios agentes de policia hácia los puntos designados por el gobernador.

—Mucho temo que no lleguen á tiempo.

Exclamó Enrique con la mayor inquietud.

—Pero ¿por qué no ha formulado vd. esta acusacion hace algunos dias?

—Porque aún ignoraba la infame conducta de ese monstruo. Cuando llegué á escuchar la historia que he referido á vd. se hallaba combatiendo entre las filas del Sur, y nada podia hacer contra él.

—Ved, D. Enrique, que echa vd. sobre sí una inmensa responsabilidad, como le hayan á vd. informado mal, y pruebe su inocencia el acusado.

—Lo sé, señor gobernador, y estoy tranquilo. La acusacion que he formulado, no es mas que la dorada pintura de los espantosos hechos que pesan sobre la conciencia de un monstruo.

—Lo creo.

—Solo temo que no hayan llegado á tiempo los que llevan la orden de arresto.

—Aquí tiene vd. á uno—dijo el gobernador viendo entrar al que habia enviado á la casa del acusado.—¿Y Rossi?

—Hace un cuarto de hora que á salido á caballo para Acapulco, segun dicen.



—¡Todo se ha perdido!....—exclamó Enrique, lleno del mas profundo pesar.—  
¡Ah!... voy yo mismo á ver lo que han hecho los otros agentes dispuestos en las puertas de la ciudad.

La presencia de otra de las personas comisionadas, detuvo á Enrique cuando se disponia á salir.

—¿Se ha conseguido algo?

Preguntó éste con la mayor ansiedad.

—Todo.

—¿Será posible?

Exclamó lleno de alegría Enrique.

—No hacia mas que llegarme á situar en la salida de la ciudad por la parte de San Lázaro, que es la que á mí me habia tocado, cuando veo venir á un hombre á caballo: le examino detenidamente mientras que se va acercando, para ver si correspondia su figura con las señas que vd. nos habia dado, y al ver que estaban conformes, avisé de todo al oficial, quien, no bien se aproximó Rossi, le indicó la órden que de ponerle preso tenia, obligándole en el acto á bajar del caballo,

—¿Y dónde está?

—Acaban de conducirle á la Diputacion.

—Está vd. servido, D. Enrique—dijo el gobernador—inmediatamente mandaré que se le forme el sumario, y si aparece criminal, la vindieta pública quedará satisfecha cumplidamente.

Enrique dió las gracias, y salió contento del éxito que habian tenido sus pasos.



## CAPITULO XVIII.

### Los esposos.

En cuanto el indio Pablo salió de la pieza en que afligido y temeroso quedó al ver partir á un duelo á su amo y á Fernando, éste corrió hácia su esposa que, atendida por su fiel criada, permanecía temerosa y asustada, sin saber lo que habia pasado ni lo que debia esperar.

Su primer sentimiento fué de alegría, viendo fuera de peligro al hombre á quien estaba unida; el segundo de terror, al considerar muerto al sér por quien sintió en la vida la primer sensación de amor.

—¡Luisa!—dijo Fernando corriendo hácia su esposa con el exceso del placer pin-

tado en el semblante—recobra tu tranquilidad! Conozco y veo los sentimientos de tu alma y los aplaudo, porque son sentimientos de virtud, sentimientos de humanidad, sentimientos religiosos que te enaltecen, que te subliman, que te hacen superior á todas las mujeres de la tierra.

Y al decir esto, estrechaba cariñosamente la mano de Luisa, que sintió inundada su alma de una felicidad superior á los goces que proporciona el primer amor: felicidad incomprendible, felicidad celestial, felicidad de esposa.... de madre....

Desde la desagradable escena acontecida en la hacienda de Chapala, aquella era la primera vez que Fernando dirijia la palabra á su esposa.... aquella la primera caricia que dedicaba al sér puro que nunca le habia ofendido; y aquella inesperada transición del desprecio al cariño, del odio á la ternura, conmovió el alma de la jóven de una manera que excede á la pálida pintura de la descripción.

Le pareció ver en la fisonomía hasta entonces severa de su esposo, la dulzura de



los ángeles, el cariño de los justos, la hermosura de los mas gallardos jóvenes. ¡Cuán cierto es que las buenas acciones del hombre son la verdadera belleza á los ojos de la virtud.

Luisa sintió hácia su esposo, un cariño profundo, dulce, desconocido y tierno, que le recompensaba con usura, de todos los padecimientos hasta entonces sufridos.

—¡Me amas, es verdad, Luisa?—añadió Fernando penetrando con su vista el sensible corazón de su esposa.—¡Ah!... sí: tú no tienes mas pensamiento que el de agradarme, ni otro anhelo que el del bien de nuestro hijo.... De nuestro hijo que vive, de nuestro hijo que amo, que dentro de poco estrecharás entre tus brazos y llenarás de besos y caricias.... de esas caricias de que tanto tiempo ha estado privado por mi causa.... por mi ceguedad....

—¡Mi hijo!... abrazarle, verle....

Exclamó Luisa irradiando de alegría su semblante, y dejando caer un torrente de lágrimas sobre la mano de su esposo que la estrechaba contra su corazón.

¡Sublimes instantes de placer!.... ¿Quién es capaz de expresar los goces, los inefables deleites de que se sentían inundadas aquellas dos almas unidas por un solo sentimiento, por una sola idea, por un solo anhelo....!

—Sí, Luisa: nuestro hijo volverá dentro de breves dias á ser el ídolo que embellezca nuestra union, que desde este instante bendice el cielo.

—Pero ¿sabes....

—Todo, Luisa. Nada me ha ocultado Miguel, el hombre generoso á quien odiaba porque no conocia sus rectos sentimientos, su noble alma. Pero hoy, hoy todo ha cambiado para mí.

—¿Será posible?.... ¡Ah!.... ahora sí que te reconozco, Fernando; ahora sí que veo en tí al mortal justo, al esposo amante que me presentaba mi tierno, anciano y querido padre, como el mas digno y benévolo de los hombres!

—Miguel, al desviar el tiro de su criado Pablo, que debió quitarme la vida, me dijo que tenia que decirme algunas palabras an-



tes de medir cuerpo á cuerpo nuestras espadas, y salí con él al bosque inmediato.

Allí, con el valor del caballero, y con la franqueza del hombre honrado, me refirió el origen del robo de nuestro hijo, su pesar, su profundo sentimiento por el terrible golpe, que habia preparado su criado sin su consentimiento y creyendo servirle: su íntimo dolor por haber sido la causa de nuestros pasados disgustos, tu firmeza en despreciarle, su respeto y tu virtud, y por último, la amenaza con que te impuso silencio el raptor de Juanito, y que yo atribuía á tenacidad criminal!

—¡Ah!... sí: yo temia comprometer la vida de mi hijo, y la preferia á su muerte, aparecer á tus ojos despreciable é indigna de tu amor.

—Lo sé: y te pido perdon por haber abrigado tan infames sospechas de un ángel que sacrificaba su honra al amor de madre.

Dijo Fernando, llevando á sus labios la mano de Luisa, que estrechaba embriagado de dicha en las suyas.

—¿Y qué madre no es capaz de todos los

sacrificios por la vida de sus hijos?.... Pero concluye, Fernando, concluye, por Dios, de contar el resultado de tu entrevista con Miguel: su nombre, ni el cariño que hacía él pueda tener mi alma, deben sobresaltarte, yo te lo juro en nombre de ese mismo título de madre que reverencio. El amor que le tuve cuando le podia amar sin ofender á nadie, se ha convertido en cariño sincero, desinteresado, puro, porque aquel amor pertenece todo entero, desde que fui madre, á mi hijo, al hijo del hombre que hoy me hace la mas feliz de las mujeres de la tierra.

—¿Ni cómo podria dudarlo, Luisa? Tu alma conserva la sencillez de la infancia, tus pensamientos la pureza de los ángeles, tu corazon los tesoros de la virtud.

—¿Cuán bueno eres, Fernando!.... Pero continúa.

—Luego que Miguel acabó de hablar, sacó su espada, y poniéndose enfrente á mí, me dijo: "he cumplido con un deber de



conciencia, ahora me falta cumplir con el de soldado.”

—¡Ah!.... ¿Te batiste con él?

Exclamó Luisa aterrada.

—No, Luisa; en vez de medir mi espada con la suya, le tendí la mano de amigo, que admitió gustoso, quedando desde aquel momento unidos por una verdadera y firme amistad.

Luisa dejó escapar una exclamación de grata sorpresa, y echó reconocida los brazos al cuello de su esposo, diciendo:

—¡Cuánto te amo!....

Aquellas palabras arrancadas por la gratitud y el cariño de madre, salían del fondo del corazón con toda la ternura que atesora el alma de una mujer virtuosa.

Fernando se conmovió dulcemente al escucharlas, sintiendo renacer su existencia á un mundo encantador bañado por las embalsamadas auras de la eterna felicidad.

El risueño horizonte que rodeaba á la venturosa Luisa desde que se abrieron los labios de su esposo para enaltecerla, presentaba á sus divinos ojos colores celestia-

les que la hacían presentir una interminable primavera de dichas maternales: se hallaba en una atmósfera de mística esencia, en donde se cruzaban resplandecientes las risueñas venturas con sus alas de oro, vertiendo á torrentes los tesoros que guarda el Eterno á los seres predestinados.

Al ver la dulce sonrisa que vagaba apasible por los purísimos labios de aquella mujer de hechiceros contornos, se hubiera dicho que la justicia hecha á sus virtudes, devolviéndola los dulces derechos de madre, redoblaba la belleza de aquel delicado rostro donde estaban compendiadas todas las perfecciones.

Luisa era hermosa como una creación brotada de la fecunda imaginación de un inspirado poeta, pero su poética belleza adquiría aun más encantos con el dulce recuerdo de su presente felicidad.

Hasta entonces había sido la blanca rosa velada por las sombras de los pesares y de las desgracias: ahora era la misma flor, pero embellecida y reanimada por los benéficos rayos de la naciente aurora.



Aquella mujer que poco antes ocultaba su frente melancólica dentro las frías palmas de sus pequeñas manos, ahora la levanta serena y tranquila dejando ver en sus facciones esa sonrisa inefable que finge la imaginación del justo en el rostro de los bienaventurados.

Los sombríos temores que habían combatido su existencia, cedían su lugar á la consoladora esperanza; las amargas lágrimas, al dulce placer de madre; la triste soledad á la compañía y á las infantiles caricias de un hijo que de un momento á otro esperaba estrechar en sus amorosos brazos.

Luisa era feliz. Había despertado de la sombría oscuridad de una cárcel, á un florido pensil bañado de luz y de aromas. Su pecho oprimido poco antes, por los injustos desprecios de un esposo que la creía criminal, se abría sin recelo á las brisas impregnadas con la esencia de una ventura sin término, y cobraba expansión y vida con la deliciosa atmósfera que respiraba.

¡Qué hermosa estaba en aquel momento!

Fernando la contemplaba en religioso si-

lencio, disfrutando en un instante lo que en años mil no se podría explicar.

—¡Cuán feliz soy....—añadió Luisa, después de un instante de silencio.—Sí, muy feliz; y esta felicidad te la debo á ti, á ti solo, esposo mío!

Fernando la estrechó contra su corazón, sin poder pronunciar más que estas palabras.

—¡Hermosa Luisa!

—¡Ah!.... continúa, continúa relatándome tu comenzada historia.

Exclamó la joven impaciente por saber lo que había pasado entre Miguel y el hombre á quien estaba unida.

—Terminado tan felizmente nuestro proyectado duelo, saqué un salvo conducto para que pudiese marchar Miguel á México, sin ser molestado por los soldados de Alvarez; me suplicó que dejase en libertad á Pablo, para que nos enviara con él nuestro adorado hijo; le acompañé un gran trecho; nos despedimos como leales amigos; dejé partir á su criado, diciéndole el sitio en que le espera su amo, y en seguida he volado á



tu lado para pedirte perdon de mis pasadas ofensas, y borrar con mi cariño los disgustos que te he causado con mis injustos zelos.

Y Fernando llenaba de caricias á su tierna y querida esposa, que sentia nublados sus ojos por el llanto del placer y la felicidad.

Si alguno de los que preguntan en cuál de los estados que abraza el hombre existe la felicidad, hubiera visto el interesante cuadro que presentaban aquellos dos séres, no hubiera titubeado en afirmar que la dicha del hombre reside en el matrimonio.

Y no se hubiera engañado. Nada hay mas bello, mas grato, mas tierno y envidiable en la tierra, como un matrimonio donde reina la mas completa armonía, en donde dos almas que han sido unidas por el mismo Dios, marchan de acuerdo en todo, como si realmente no formaran mas que una sola. ¡Cuántos encantos, cuántas satisfacciones goza el alma de los buenos esposos, donde solo impera la ternura y la razon, las consideraciones mútuas, la afabilidad, la

dulzura, y ese amor respetuoso, verdadera amistad, íntima y sincera que mantiene vivas las gratas ilusiones del corazon!

Y si á ese bello sentimiento que amalgama las voluntades, se une el dulce amor de padre, el mas grato, el mas grande, el mas puro de los amores, entonces el matrimonio es el complemento de todas las venturas, el remedo de las dichas celestiales.

Cierto es que Luisa, como sabemos, no se habia casado por amor; pero el corazon de aquella mujer, inagotable tesoro de virtudes y de abnegacion, de gratitud y ternura, cerró sus puertas á la voz halagadora de sus primeras sensaciones, para abrirlas solo á las del deber de esposa; y al notar la asiduidad, el empeño, el cariño que Fernando manifestaba por complacerla, por servirla, por satisfacer sus mas ligeros deseos, lo que empezó por un deber, acabó por ser un sentimiento menos violento, menos vehemente, menos deslumbrante que la primer pasion del alma que se inicia por la simpatía, pero mas suave, mas dulce, mas sólido y constante.



Luisa, pues, se consideraba feliz en aquel instante. Los pasados disgustos, originados por los zelos, sus penas y sus lágrimas, los consideró como la tempestad que pasa, para dejar despues mas brillante y puro el limpio azul del cielo.

De repente cruzó por su mente un terrible pensamiento, y brilló en su semblante la inquietud y el terror.

—¿Qué tienes, Luisa?

Preguntó Fernando, sintiendo temblar la mano de su esposa que estrechaba entre las suyas.

—Me asalta un temor que me inquieta.

—¿Cuál?

—Temo por la vida de Miguel,

—¿No te he dicho que lleva un salvo conducto de D. Juan Alvarez?

—Sí, pero Miguel tiene, entre los que entraron aquí persiguiéndole, otros enemigos que desean su muerte; que le esperan ocultos tal vez para librarse de uno de los mas leales campeones del gobierno, antes de que pase las ásperas montañas del Sur.

—Desecha ese pueril temor, Luisa: Mi-

guel llegará en breve á México, y nosotros abrazaremos á nuestro querido hijo.

Una fuerte detonacion de algunos tiros disparados á alguna distancia, hizo palidecer á los dos consortes.

—¿Lo has oido, Fernando?....—exclamó Luisa, dejando ver en su rostro pintado el terror.—¡Tiros!.... ¡Ah!.... sin duda han matado á Miguel....

—¡Dios mio!.... No, no es posible;—dijo Fernando poniéndose en pié....—¡Ah!... voy á saber lo que ha sucedido.

Y Fernando salió á la calle, dejando á Luisa esperando con la mayor ansiedad su vuelta.